



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12735

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'85 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 23 DE ABRIL DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Comparaciones

Paseando ayer tarde al azar, á pretexto de hacer ejercicio, fuimos á dar con nuestro cuerpo en la amplia explanada del muelle comercial.

Era la hora en que el obrero espera la orden de dejar el trabajo y mientras él pensaría en el descanso próximo, en su hogar y en las caricias de sus hijos, dejamos vagar la mirada por la ancha plaza y evocamos en nuestra memoria la idea de lo que era el muelle hace cuarenta años, comparándolo con lo que es al presente.

Se hacía entonces el tráfico por aquel espigón que no han conocido los que no peinan canas y al compararlo con el actual comercio, parece mentira que aquel puerto y éste sean uno mismo.

Es verdad que era lúcido el comercio de entonces. Unos metros cuadrados de muelle (no llegaban á mil), unas cuantas barcazas para llevar las mercancías y traerlas á tierra, y una grúa de juguete, eran los únicos pero bastantes elementos para dar paso á la corriente alternativa de productos que enviábamos fuera ó que traíamos para nuestro consumo.

Para aquel menester tan tímido sobraba con aquel muelle raquítico; pero se proyectó el de Alfonso XII, y todos, hasta los mismos que lo habían de usar, lo reputaron grande. Como á todo se le saca punta en esta tierra de españoles, hasta se hicieron epigramas diciendo que al hacer el proyecto del muelle de costa se creyó sin duda que se iba á hacer por Cartagena el comercio del mundo.

Entonces venía el muelle holgado á aquellos barquitos de mil toneladas que parecían (por el tamaño) la última palabra de la industria naval; mas como el tiempo no

ha pasado en balde y la industria no reposa un momento y se ofrece cada vez más atrevida, construyéndose hoy barcos que valen por cinco ó seis de los antiguos, empujándose lo que hace treinta años se reputaba grande, inmensamente grande.

Así resulta que aquel inmenso muelle es hoy estrecho, muy estrecho, tanto que los buques no pueden atracar á la vez, teniendo que hacer largas esperas en bahía esperando turno para abarbar.

Ayer estaba totalmente ocupado. Al Este cargaban mineral de hierro tres grandes vapores. Al Oeste tomaban y dejaban carga general otros tantos. En los buques que entre algunos quedaban había atracados de popa tres veleros y en medio del puerto esperaban otras dos embarcaciones que les miraban de cargar las que cargaban para atracar y hacer la misma operación.

Y ese caso es frecuente. Antea-yer estaba el muelle igual—cubierto—y había otros buques esperando. La pasada semana hemos visto cargar y descargar vapores por el sistema antiguo, con barcazas, no obstante ocasionar la operación mas gastos.

De esa insuficiencia del muelle ha nacido el proyecto aprobado de la ampliación por el Oeste y otro que hay en estudio que se impondrá muy pronto para prolongarlo por Levante. Y como el tráfico seguirá en aumento, tanto por su natural desarrollo, cuanto por que algún día correrá la locomotora de Lorca á Cartagena trayendo y llevando mercancías, se impondrá con el tiempo la reversion de los muelles particulares al Estado, los muelles espigones y quién sabe si también la construcción de un antepuerto.

Grande era el muelle cuando se proyectó; mas como la experiencia ha demostrado que es mas que pequeño, pequeñísimo, al ampliar-

lo habrá que hacerlo bajo la base de grandezas futuras, por que basta pensar un poco para convencerse de que las necesidades del tráfico han de ser mayores cada día.

DEL EXTRANJERO

Alemania.—Discusión parlamentaria

La política exterior del imperio alemán ha sido el objeto del planteamiento de una discusión en el Reichstag en la que tomaron parte los tres jefes de la tribuna moderna nacional, el conde de Rosenlow, jefe del partido Disidente Nacional, el socialista Herr Babel y el Canciller del Imperio, Conde von Bülow.

El primero atacó en un largo discurso la política exterior del Gabinete.

El convenio anglo-francés—exclamó—había causado una honda y desagradable impresión en Alemania, sobre todo en lo referente á Marruecos. Dicho convenio había atorado por algunos años todo peligro de un choque anglo-francés; éstos dos países podrían alegrarse de la diplomacia de sus estadistas, pero ¿Alemania? No concibió el orador razón ninguna, porque hubiera de alegrarse Alemania, puesto que en favor de su predominio sería de gran ventaja una guerra anglo-francesa. No creía que era el deber de la política alemana disminuir las posibilidades de guerra entre sus vecinos, el tal guerra no implicaría un perjuicio para Alemania; tampoco debería el Gobierno aplaudir un convenio que tenía por objeto anular completamente á la nación alemana, ni permitir que se disponga de un territorio independiente (Marruecos) donde los intereses alemanes aumentaban con pasos gigantescos todos los años, y con perjuicio de los demás países.

Herr Babel, socialista, aprobó el convenio anglo-francés; pero lo juzgó como un nuevo síntoma del creciente aislamiento de Alemania.

La antipatía hacia Alemania, dijo, va en aumento en todos los países, hasta en Rusia, y no puede contrarrestarse con frecuentes viajes, regalos, visitas, brindis ó recepciones.

En lugar de consultar á Alemania, potencia de primera clase, en cuanto se refiera á la política internacional, las otras naciones suelen pasar por alto la existencia

de este gran imperio; prueba de ello el reciente convenio anglo-francés, que ha sido imputado por la política exterior del Gabinete von Bülow, que no ha sabido apreciar la importancia de los acontecimientos internacionales ni dedicarse al desarrollo de la diplomacia nacional.

La contestación á los discursos de los dos oradores de la oposición fué una defensa enérgica por parte del conde von Bülow.

Hablando del aislamiento de Alemania, dijo:

«Estamos aliados fuertemente con dos grandes potencias; conservamos relaciones amistosas con otras cinco potencias, mientras que nuestras relaciones con Francia son tranquilas y pacíficas y permanecerán así.»

Además, creo que si nuestra espada está afilada, no tenemos que temer á un aislamiento.

Alemania es demasiado fuerte para dejar de ser buscada para cualquier alianza.

En cuanto á las reclamaciones de los intereses alemanes en Marruecos, dijo que equivaldría á una demanda que el imperio alemán debería hacer para obtener un pedazo de tierra marroquí.

Pues bien; si es poderoso país, como lo es Alemania, hiciera una demanda parecida, implicaría la necesidad de apoyarla por la fuerza mayor, costara lo que costara.»

«Era esto lo que deseaba el orador de la oposición.»

Por suerte no pensaba así la mayoría, que hubiera preferido se perdiera toda ambición en Marruecos á que se iniciara una guerra europea que tendría por objeto la repartición de ella en un día no lejano.

Y acabó el insigne político su discurso diciendo:

«Se dice que somos en el extranjero objeto de mucha antipatía y enemistad.»

No lo niego; pero tampoco quiero investigar la causa de estos sentimientos hostiles.

En parte serán debidos á la envidia, y mejor es ser objeto de envidia que no de compasión.»

Esta discusión que hemos juzgado oportuno referir en todos sus puntos salientes, ha despertado gran interés en Inglaterra y Francia, no tanto por la explicación de su neutralidad en la cuestión marroquí, como por la declaración de su política, política que es á la vez franca y algo despreciativa. Leyendo entre líneas, puede observarse la irritación alemana por el olvido de que la

hicieron objeto los ingleses y franceses á conferenciar sobre los asuntos de Marruecos y la resolución del Gobierno de Berlín de cumplir estrictamente lo necesario prescindiendo de todo lo demás, teniendo siempre en la fuerza de su ejército y la superioridad de sus armas.

Es nación fuerte y lo sabe.

COINCIDENCIAS

RACHAS SOMBRÍAS

Antes se preocupaban mucho ciertas gentes de eso que solía llamarse «mal de ojo», que otros más gráficamente calificaban de «mala sombra», y que tiene bastante semejanza con lo que los italianos llaman «jetatura».

A lo mejor empiezan los periódicos á hablar de catástrofes, y durante una temporada no ocurren más que incendios, hundimientos de puentes, explosiones, descarrilamientos, naufragios y demás fieros males.

La racha de acontecimientos trágicos parece interminable.

«Es mal de ojo, mala sombra ó jetatura».

«¡Vaya usted á saber!»
El hecho es que cuando empieza un suceso de esos no viene solo, y se diría que alguien destapaba la caja de las catástrofes.

Lo propio ocurre con los crímenes. Salta de pronto, es un decir, un hombre degollado, y enseguida, como si los asesinos se hubiesen puesto de acuerdo, empiezan á descubrirse en distintos sitios cadáveres de muerte violenta, con las cabezas separadas, ó poco menos, del tronco.

Con los suicidios sucede algo parecido; se envenena, como dice una copla industrial, un amante, porque haya perdido el seso. Enseguida empieza la racha y durante una semana ó dos empiezan á leerse noticias referentes á individuos de ambos sexos que, hartos de la vida, se desayunan con vitriolo, ó se saltan la tapa de los sesos, ó se tiran por el viaducto ó, en fin, se precipitan en la eternidad á marcha de automóvil.

Ahora, por lo visto, le toca el turno á las esposas martirizadas y llevamos ya una época en que aquí y en el extranjero, no se habla más que de pobres señoras á quienes sus maridos tienen secuestradas, sometidas al régimen del palo, tratándolas peor que si fuesen fieras enjauladas, y las verdaderas fieras son ellas.

tres oídos la buena idea que nos habeis indicado.

Rosita estuvo de vuelta en un abrir y cerrar de ojos: el cura gustó del vino del abuelo, y le gustó en extremo.

dre: saludaron en seguida al señor cura con respetuoso encogimiento, gozándose en su infantil cordedad y contemplándolo con benévola insistencia.

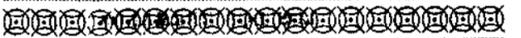
Rosita preparaba la mesa para la cena de la familia.

—Señor cura, dijo Juan Castelnu, no me atrevo á decir que compartais con nosotros nuestra cena, que son unas pobres sopas de coles; pero si me harais el honor de aceptar un vaso de vino de mi cosecha.

—Acepto el vino y la cena, porque desde que he visto á estos dos hermosos niños me ha ocurrido una idea que quiero proponeros.

Pusieronse todos á la mesa, y la sopa de coles fué seguida de un plato de esas salchichas loreanas que tanto hacen abrir el apetito y de una tertulia de radita que sacó Rosita chirriando todavía. Nunca dijo el cura, he comido tan á mi gusto ni con tan buen apetito; hizo honor á la habilidad culinaria de Rosita y al excelente vino de Castelnu sin dejar de hablar con el honrado viñero y su interesante esposa con la mas afectuosa espontaneidad.

—Ahora, señor cura, va mi Rosita á buscar al rincón reservado una botellita de lo rancio, que da nada menos que de los primeros años de la boda de mi padre, y despues de eso oiremos con todo



Pues bien, diré á vd. que toda esa gente que ha emigrado nos acarreará muchos enemigos y que vamos á ser nosotros de los primeros á pagar los puñeros rotos en la zagarata.

—¿Y en qué os fundais para creer eso?

—Ya lo vereis, señor ó ra... cuando el pueblo rompa sus cadenas, no se detiene sino despues de haber enseñado el yugo á los que le esclavizaron y oprimieron. Es un río desbordado á que no hay dique que contengan, y no vuelve por sí mismo á su